



LA HABÉNULA: VAYA CHASCO

Te voy a contar mi curiosidad favorita del mundo: la doctora Marie Skłodowska-Curie se plantó en su propia boda vestida con su indumentaria de laboratorio.

En realidad, es una historia bastante chula: un amigo científico le presentó a Pierre Curie. Ambos confesaron, muertos de vergüenza, haber leído los artículos académicos del otro, tontearon entre cubetas llenas de uranio líquido, y ese mismo año, él le propuso matrimonio. Sin embargo, Marie había ido a Francia solo para sacarse el título, así que, muy a su pesar, lo rechazó y volvió a Polonia.
¡Vaya chasco!

De pronto, la Universidad de Cracovia, villana y cupido involuntaria de nuestra historia, hizo acto de presencia y denegó a Marie un puesto de docente por ser mujer (vaya elegancia, querida uni). Una guarrada, ya lo sé, pero ocasionó, como afortunado efecto colateral, que ella volviera de nuevo a los brazos amorosos y aún carentes de radioactividad de Pierre. Esos dos maravillosos frikis se casaron en 1895 y Marie, que no es que ganara precisamente un dineral en aquel entonces, se compró un vestido de no-

via lo bastante cómodo como para ponérselo todos los días en el laboratorio. Una chica de lo más práctica.

Hay que decir que la historia se vuelve considerablemente menos chula si nos situamos unos diez años más tarde, cuando a Pierre lo atropelló un carruaje y Marie y sus dos hijas se quedaron completamente solas. Si nos acercamos a 1906, descubriremos la auténtica moraleja de esta historia: confiar en que los demás no te dejen tirado es una idea pésima. De un modo u otro, la gente acaba marchándose. Tal vez se resbalen en la Rue Dauphine una mañana lluviosa y un carro de caballos les machaque el cráneo. Puede que los abduzcan los extraterrestres y desaparezcan en la inmensidad del espacio. O quizá se acuesten con tu mejor amiga seis meses antes de tu boda y eso te obligue a cancelarla y a perder el pastizal del depósito.

Las posibilidades son infinitas, en serio.

Podría decirse entonces que la uni de Cracovia es una villana de tres al cuarto. No me malinterpretéis: me encanta imaginarme a la doctora Curie volviendo a Cracovia en plan *Pretty Woman*, con su vestido de novia-barra-indumentaria-de-laboratorio, sus dos Premios Nobel bajo el brazo y gritando: «Pues metieron la pata. ¡Y cómo! ¡Hasta el fondo!». Pero la auténtica villana, la que hizo llorar a Marie y la tuvo contemplando el techo por las noches es la pérdida. La pena. La fugacidad innata de las relaciones humanas. El auténtico villano es el amor: un isótopo inestable en constante proceso de desintegración nuclear espontánea.

Y sus actos quedarán siempre impunes.

¿Sabéis lo que sí es digno de confianza? ¿Lo que nunca, jamás, abandonó a la doctora Curie en toda su vida? Su curiosidad. Sus descubrimientos. Sus logros.

La ciencia. La *ciencia* es la clave.

Por eso, cuando la NASA me comunica —¡a mí, Bee Königswasser!— que me han elegido como investigadora jefa de BLINK, uno de sus proyectos de investigación en neuroingeniería más prestigiosos, me pongo a chillar. Chillo como una loca en mi minúsculo despacho sin ventanas del campus de Bethesda de los Institutos Nacionales de la Salud. Chillo por la fabulosa tecnología de optimización de rendimiento que voy a poder desarrollar para nada menos que los astronautas de la NASA, y luego recuerdo que las paredes son de papel de fumar y que mi vecino de la izquierda me denunció una vez por escuchar rock alternativo de grupos femeninos de los 90 sin auriculares. De modo que me llevo el dorso de la mano a la boca, hincó los dientes y me pongo a dar saltitos de la forma más silenciosa posible mientras la euforia estalla en mi interior.

Me siento como debió de sentirse la doctora Curie cuando, a finales de 1891, le permitieron matricularse en la Universidad de París: como si una infinidad de descubrimientos científicos (preferiblemente no radioactivos) se encontrara por fin a mi alcance. Se trata, con diferencia, del día más importante de mi vida y constituye el pistoletazo de salida a un espectacular fin de semana de celebraciones. Los puntos más destacados son:

- Les cuento la noticia a las tres compañeras con las que mejor me llevo y todas nos vamos al bar de

siempre, nos pimplamos varias rondas de cócteles de limón y nos turnamos para cachondearnos de aquella vez que Trevor, nuestro horrendo jefe de mediana edad, nos pidió que no nos enamorásemos de él. (Los académicos suelen delirar bastante; excepto Pierre Curie, por supuesto. Pierre jamás se comportaría de forma tan ridícula.)

- Me cambio el pelo de rosa a morado. (Tengo que tenerme en casa, ya que los investigadores con menos experiencia no podemos permitirnos ir a la peluquería; mi ducha acaba pareciendo una mezcla entre una máquina de algodón de azúcar y un matadero de unicornios, pero tras el incidente del mapache —del que, hazme caso, no quieres saber nada—, no iban a devolverme la fianza de todas formas.)
- Voy a Victoria's Secret, me compro un conjunto precioso de lencería verde y me prohíbo a mí misma sentirme culpable por el derroche. (Aunque hace años que nadie me ve sin ropa y, si todo va según lo planeado, la cosa seguirá igual durante muchos muchos más.)
- Me descargo el plan de entrenamiento *Maratón para amantes del sofá* que llevo queriendo hacer desde hace tiempo y salgo a correr. (Luego vuelvo a casa cojeando y despoticando contra mi exceso de ambición y cambio el plan a *5 km para amantes del sofá*. No puedo creer que haya gente que haga ejercicio todos los días.)
- Horneo unas chuches para Finneas, el longevo gato de mi igualmente longevo vecino, ya que el anima-

lito se pasa a menudo por mi apartamento para la recena. (Me da las gracias destrozándome mi par favorito de Converse. Lo más probable es que la doctora Curie, en su infinita sabiduría, fuera más de perros que de gatos.)

En resumen, me lo paso de miedo. Para cuando llega el lunes, ni siquiera estoy triste. El día transcurre igual que siempre —entre experimentos, reuniones de laboratorio y picado de datos frente al ordenador mientras engullo comida precocinada y refrescos de marca blanca—, pero con el proyecto de BLINK en el horizonte, incluso las circunstancias de siempre me resultan nuevas y emocionantes.

Seré sincera: he estado superpreocupada. Después de que me rechazaran cuatro solicitudes de beca en menos de seis meses, estaba segura de que mi carrera se había estancado, incluso de que había llegado a su fin. Cada vez que Trevor me llamaba a su despacho, me daba taquicardia y me sudaban las manos, convencida de que iba a decirme que no pensaba renovar mi contrato anual. El último par de años, desde que me saqué el doctorado, no ha sido demasiado divertido que digamos.

Pero eso se ha acabado. Conseguir un contrato para la NASA constituye una oportunidad para mejorar mi carrera. Después de todo, tras un despiadado proceso de selección, me han elegido por encima de fenómenos como Josh Martin, Hank Malik e incluso Jan Vanderberg, un cretino que echa pestes de mi investigación como si le fuera la vida en ello. He sufrido mis contratiempos, que

no han sido pocos, pero después de pasar casi dos décadas obsesionada con el cerebro, lo he conseguido: soy la neurocientífica al mando de BLINK. Voy a diseñar equipamiento para *astronautas*. Equipamiento que utilizarán en el *espacio*. Gracias a esta oportunidad me zafaré de las garras húmedas y sexistas de Trevor. Firmaré un contrato a largo plazo y me darán mi propio laboratorio, donde llevaré a cabo mis propias líneas de investigación. Es un punto de inflexión en mi trayectoria profesional, la cual, a decir verdad, es la única clase de trayectoria que me interesa tener.

Durante varios días estoy pletórica. Exultante. Pletóricamente exultante.

Y, entonces, el lunes a las 16:33, recibo un correo de la NASA. Leo el nombre de la persona que va a codirigir BLINK conmigo y, de pronto, todo mi entusiasmo se va al garete.



—¿Te acuerdas de Levi Ward?

—*Brennt da etwas...* ¿Eh? —Al otro lado del teléfono, la voz adormilada y espesa de Mareike suena amortiguada debido a la mala cobertura y la larga distancia—. ¿Bee? ¿Eres tú? ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto en Maryland y... —Calculo rápidamente la diferencia horaria. Hace unas semanas, Reike se encontraba en Tayikistán, pero ahora me parece que está en... ¿Portugal?—. Las dos de la mañana en tu zona.

Reike gruñe, gime, lloriquea y emite toda una serie de sonidos con los que estoy demasiado familiarizada tras haber compartido cuarto con ella durante dos décadas de nuestra vida. Me recuesto en el sofá y espero hasta que pregunta:

—¿Quién ha muerto?

—Nadie. A ver, seguro que *alguien* se ha muerto, pero nadie que conozcamos. ¿En serio estabas durmiendo? ¿Estás enferma? ¿Quieres que pille un avión? —Me preocupa realmente que no esté de fiesta ni bañándose en pelotas en el Mediterráneo ni retozando con un aquelarre de brujos en algún bosque de la península ibérica. Dormir por la noche no es propio de ella.

—Nah. Me he vuelto a quedar sin blanca. —Bostez— Me he puesto a dar clases particulares a niños portugueses con pasta para poder comprarme un billete de avión a Noruega.

La conozco lo suficiente como para no preguntarle «¿Por qué a Noruega?», ya que la respuesta de Reike será: «¿Y por qué no?». En lugar de eso, le digo:

—¿Quieres que te preste algo de dinero? —No es que me sobre, precisamente, y más después de pasarme unos días de celebración (prematura, según parece), pero puedo prescindir de unos cuantos dólares si me aprieto el cinturón. Y no como. Durante varios días.

—Qué va, los padres de los críos pagan bien. Uf, Bee, un chaval de doce años intentó tocarme una teta ayer.

—Qué asco. ¿Y qué hiciste?

—Le dije que le cortarían los dedos, desde luego. En fin, ¿a qué debo el placer de que me despiertes de forma tan brutal?

—Lo siento.

—No lo sientes.

Sonrío.

—Para nada. —¿Dónde está la gracia de comparar el ADN al cien por cien con otra persona si no puedes despertarla durante una emergencia?—. ¿Te acuerdas del proyecto de investigación que te comenté? ¿BLINK?

—¿El que vas a dirigir para la NASA? ¿Ese en el que emplearás tu maravilloso cerebro científico para diseñar esos maravillosos cascos que mejorarán el curro de los maravillosos astronautas en el espacio?

—Sí. Más o menos. Resulta que, en realidad, no voy a dirigirlo, sino a codirigirlo. Los fondos provienen de los INS y de la NASA; ambas instituciones se enzarzaron en un concurso de meadas para ver quién debía estar al mando y, al final, decidieron poner a dos personas al cargo. —Capto un destello naranja por el rabillo del ojo: se trata de Finneas, que está tumbado en el alfeizar de la ventana de mi cocina. Lo dejo pasar y le rasco la cabeza. Maúlla de forma cariñosa y me lame la mano—. ¿Te acuerdas de Levi Ward?

—¿Es algún tío con el que he salido que intenta ponerse en contacto conmigo porque tiene gonorrea?

—¿Eh? No. Lo conocí en la escuela de posgrado. —Abro el armario donde guardo el pienso—. Estaba sacándose un doctorado en ingeniería en mi laboratorio y había empezado su quinto año cuando yo llegué...

—¡El Leviatán!

—¡Sí, el mismo!

—Me acuerdo de él. ¿No era ese que estaba... bueno-
rro? ¿El alto y con cuerpazo?

Reprimo una sonrisa mientras le relleno el comedero a Finneas.

—No sé cómo me sienta el hecho de que lo único que recuerdes de mi archienemigo de la escuela de posgrado es que mida uno noventa y cinco. —Las hermanas de la doctora Marie Curie, la célebre médica Bronisława Dłuska y la activista educativa Helena Szalayowa jamás exhibirían tal comportamiento. A no ser que fueran unas calentorras como Reike, en cuyo caso harían lo mismo que ella.

—Y que tiene un cuerpazo. Deberías enorgullecerte de mi memoria de elefante.

—Y eso hago. En fin, me han dicho quién va a codirigir el proyecto conmigo y...

—Ni de coña. —Reike debe de haberse incorporado. Su voz se oye de pronto totalmente clara—. *Ni de coña.*

—Y tanto que sí. —Oigo la carcajada de chiflada de mi hermana mientras tiro la bolsa vacía—. Al menos podrías fingir que no disfrutas de toda esta situación.

—Podría, pero la pregunta es: ¿lo haré?

—Está claro que no.

—¿Lloraste al enterarte?

—No.

—¿Te diste un cabezazo contra la mesa?

—No.

—No me mientas. ¿Te ha salido un chichón?

—... Puede que uno pequeñito.

—Ay, Bee. Gracias por despertarme y compartir conmigo esta extraordinaria noticia. ¿No fue el Leviatán el que dijo que eras un callo?

No dijo eso, o al menos no con esas palabras, pero me río tan fuerte que Finneas me mira asustado.

—No puedo creerme que te acuerdes de *eso*.

—Oye, me sentó fatal. Estás tremenda.

—Solo lo dices porque somos idénticas.

—¿Es serio? No me había fijado.

De todas formas, no es del todo cierto. Sí, Reike y yo somos bajas y delgadas. Tenemos los mismos rasgos simétricos, los ojos azules y el mismo pelo oscuro y liso. Sin embargo, hace mucho que superamos nuestra fase de *Tú a Londres y yo a California* y, ahora, con veintiocho años, a nadie le cuesta distinguirnos. No cuando llevo una década tiñéndome el pelo de diferentes tonos pastel, y menos teniendo en cuenta mi afición por los piercings y algún que otro tatuaje. Reike, con su espíritu viajero y sus inclinaciones artísticas, es la auténtica bohemia de la familia, pero nunca se ha molestado en exhibir ese espíritu bohemio suyo a través de la moda. Ahí es donde yo, la supuesta científica aburrida, hago mi entrada triunfal y recojo el testigo.

—Bueno, ¿pero fue él? ¿El que me insultó de forma indirecta?

—Sip. El mismísimo Levi Ward.

Le pongo agua a Finneas en un cuenco. No fue *del todo* así. Levi nunca me insultó de manera explícita. Pero el significado implícito de lo sucedido ya es otro cantar...

Di mi primera charla académica durante el segundo semestre en la escuela de posgrado, cosa que me tomé muy en serio. Me aprendí de memoria todo el discurso, rehíce el Power Point seis veces e incluso me comí la cabeza escogiendo el atuendo perfecto. Acabé vistiéndome mejor que de costumbre y Annie, mi mejor amiga de entonces, tuvo la bienintencionada aunque inoportuna idea de acorralar a Levi para que me hiciera un cumplido:

—Bee está aún más guapa hoy que de normal, ¿verdad?

Lo más probable es que fuera el único tema de conversación que se le ocurrió. Después de todo, Annie no dejaba de hablar de lo misteriosamente guapo que era, con su pelo oscuro, los hombros anchos y ese rostro interesante e inusual, y de las ganas que tenía de que dejase de ser tan cortado y le pidiera salir. Pero Levi no pareció interesado en charlar. Me examinó intensamente con esos penetrantes ojos verdes suyos. Me miró de arriba abajo durante un momento. Y luego dijo...

Nada. No dijo absolutamente nada.

Se limitó a poner lo que Tim, mi exprometido, dijo más tarde que era una «expresión aterrada» y salió del laboratorio tras dirigirme una rígida inclinación de cabeza y ningún cumplido; ni siquiera uno falso o rebuscado. Tras aquello, la escuela de posgrado —el mayor pozo séptico de cotilleos del mundo— se encargó del resto y la anécdota cobró vida propia. Los alumnos dijeron que me había vomitado en el vestido; que me había suplicado de rodillas que me pusiera una bolsa de papel en la cabeza; que se había quedado tan horrorizado que había intentado purgarse el cerebro dándole un trago a la lejía y

que, a consecuencia de ello, había sufrido daños neurológicos irreparables. Intenté no tomármelo demasiado a pecho; ser la protagonista de una especie de meme tenía su gracia, pero los rumores se fueron tanto de madre, que empecé a preguntarme si de verdad era repugnante.

Aun así, nunca le eché la culpa a Levi. Nunca le guardé rencor por negarse a fingir que me encontraba atractiva. O... al menos, que no le resultaba repulsiva. Al fin y al cabo, siempre me pareció un tipo duro. Diferente a los chicos que me rodeaban. Serio, disciplinado y algo melancólico. Intenso e inteligente. Un alfa, al margen de lo que signifique eso. Una chica con el septum perforado y un degradado azul en el pelo no se amoldaría a su ideal de mujer guapa, y no pasaba nada.

Por lo que sí le guardo rencor a Levi es por sus otros comportamientos durante el año que coincidimos. Como el hecho de que nunca se molestase en mirarme a los ojos cuando me dirigía a él o que siempre pusiera alguna excusa para faltar al grupo de discusión cuando me tocaba exponer a mí. Me reservo el derecho a estar enfadada por el modo en que se escabullía de las conversaciones en cuanto yo me unía a estas, por considerarme tan insignificante que ni siquiera me saludaba cuando entraba en el laboratorio, por la forma en que lo pillaba mirándome, con una expresión penetrante y desagradable, como si yo fuera una especie de abominación cósmica. Me reservo el derecho a sentirme dolida porque, después de que Tim y yo nos comprometiéramos, Levi fue a hablar con él y le dijo que podía encontrar a alguien mucho mejor. En serio, ¿a quién se le ocurre hacer algo así?

Y, sobre todo, me reservo el derecho a no soportarlo por dejar bien claro lo mediocre que le parecía como científica. El resto podría haberlo pasado por alto, pero la falta de respeto hacia mi trabajo... siempre me provocará que esté lista para enseñarle las uñas.

Es decir, hasta el día que pueda clavárselas en las pelotas.

Levi se convirtió en mi archienemigo jurado un martes de abril en el despacho de mi tutora de tesis. Samantha Lee era —y sigue siendo— un hacha en cuanto a neuroimagenología se refiere. Si existe algún modo de estudiar el cerebro de un ser humano vivo sin tener que partirle el cráneo por la mitad, una de dos: o se le ha ocurrido a Sam o es una experta en ello. Además de brillantes, sus investigaciones están debidamente financiadas y son altamente interdisciplinarias, de ahí que haya orientado a muchos doctorandos distintos: neurocientíficos cognitivos como yo, interesados en estudiar las bases neurales del comportamiento, pero también expertos en ciencias de la computación, biólogos, psicólogos. Ingenieros.

Incluso en el abarrotado y caótico torbellino que era el laboratorio de Sam, Levi destacaba. Su habilidad para resolver problemas era la preferida de Sam: tenía el don de convertir la neuroimagenología en un arte. Durante su primer año, descubrió un modo de construir un equipo portátil de espectroscopía infrarroja que había llevado de cabeza a los posdocs durante una década. Para su tercer año, había revolucionado los procesos con los que se analizaban los datos del laboratorio. Al cuarto, consiguió

que le publicasen en la revista *Science*. Y durante su quinto año, cuando yo me uní al laboratorio, Sam nos llamó a ambos a su despacho.

—Quiero hablaros de un proyecto increíble que llevo tiempo queriendo poner en marcha —dijo con su entusiasmo habitual—. Si conseguimos que funcione, revolucionará el sector. Y por eso necesito que mi mejor neurocientífica y mi mejor ingeniero colaboren en él.

Era una tarde algo ventosa de principios de primavera. Me acuerdo perfectamente porque aquella mañana había sido inolvidable: Tim había hincado la rodilla en medio del laboratorio y me había pedido matrimonio. Una escena algo teatral; no era lo mío, la verdad, pero no pensaba ponerle pegas, sobre todo cuando significaba que alguien tenía la intención de permanecer a mi lado para siempre. De manera que lo miré a los ojos, reprimí las lágrimas y le dije que sí.

Unas horas más tarde, noté como el anillo de compromiso se me clavaba dolorosamente al cerrar el puño.

—No tengo tiempo para ninguna colaboración, Sam —dijo Levi. Se había alejado todo lo posible de mí y, aun así, se las había apañado para ocupar cada centímetro del pequeño despacho y convertirse en su punto de gravedad. No se molestó en mirarme. Como siempre.

Sam frunció el ceño.

—El otro día me dijiste que te parecía bien.

—Me expresé mal. —Su expresión era inescrutable. Inflexible—. Lo siento, Sam. Estoy demasiado ocupado.

Carraspeé y me acerqué un poco a él.

—Sé que solo soy una alumna de primer año —dije, apaciguadora—, pero te prometo que estaré a la altura. Y...

—No es eso —dijo. Posó brevemente los ojos en mí, verdes, negros y fríos como una tormenta, y, durante un instante, pareció quedarse atrapado, como si fuera incapaz de apartar la mirada. El corazón me dio un vuelco—. Como he dicho, ahora mismo no tengo tiempo para meterme en más proyectos.

No recuerdo por qué salí sola del despacho, ni por qué decidí permanecer junto a la puerta. Me dije a mí misma que no pasaba nada. Que Levi, simplemente, estaba ocupado. Igual que todos los demás. El mundo académico no era más que un montón de gente atareadísima, corriendo de aquí para allá sin tiempo para nada. Yo misma estaba hasta arriba de trabajo, ya que Sam tenía razón: era una de las mejores neurocientíficas del laboratorio. Tenía mil cosas que hacer.

Pero entonces oí a Sam preguntarle preocupada:

—¿Por qué has cambiado de opinión? Fuiste tú el que dijo que el proyecto iba a ser pan comido.

—Lo sé. Pero no puedo. Lo siento.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Trabajar con Bee.

Sam le preguntó por qué, pero no me quedé a escuchar la respuesta. Para aspirar a cualquier tipo de formación de posgrado hace falta una buena dosis de masoquismo, pero yo me negué a quedarme plantada como un pasmarote mientras alguien me ponía verde delante de mi jefa. Me fui hecha una furia y, cuando oí a Annie comentar encantada a la semana siguiente

que Levi había aceptado ayudarla con su proyecto de tesis, yo hacía tiempo que había dejado de mentirme a mí misma.

Levi Ward, Su Wardicidad, el doctor Leviatán, me despreciaba.

A mí.

Concretamente a mí.

Sí, era un tiarrón taciturno, sombrío y melancólico. Era discreto e introvertido. Tenía una personalidad reservada y distante. No podía obligarlo a que le cayera bien y no tenía ninguna intención de hacerlo. Sin embargo, si era capaz de ser civilizado, educado e incluso simpático con todos los demás, podría haberse esforzado también un poquito conmigo. Pero no: estaba claro que Levi Ward no me soportaba y, en vista de su exacerbado odio...

En fin, no me quedó más remedio que odiarlo también.

—¿Estás ahí? —pregunta Reike.

—Sí —murmullo—. Estaba dándole vueltas al tema de Levi.

—¿Entonces trabaja para la NASA? ¿Crees que puedo albergar la esperanza de que lo envíen a Marte para recuperar el *Curiosity*?

—Por desgracia, no antes de que acabemos el proyecto. —En los últimos años, mientras mi carrera agonizaba en busca de aire como un hipopótamo con apnea, la de Levi había prosperado enormemente, y a mí me repateaba. Había publicado estudios interesantes, el Departamento de Defensa le había concedido una subvención

enorme y, según un correo masivo que había enviado Sam, lo habían incluido en la lista de la edición científica de *Forbes* de las diez personas más prometedoras por debajo de cuarenta años. La única razón por la que he sido capaz de soportar su éxito sin hacerme el harakiri es porque sus investigaciones han ido alejándose cada vez más de la neuroimagenología. Eso nos convirtió en no-rivales y a mí me permitió... no pensar nunca en él. Una estrategia excelente, que había funcionado a las mil maravillas... hasta hoy.

En serio, qué día de mierda.

—La situación sigue pareciéndome tronchante, pero voy a intentar ser buena hermana. En una escala de uno a ponerte a resollar en una bolsa de papel, ¿cuánto te preocupa trabajar con él?

Vierdo lo que queda del agua de Finneas en una maceta de margaritas.

—Me parece que tener que trabajar con alguien que piensa que soy una mierda como científica requiere al menos la utilización de dos inhaladores.

—Eres genial. La mejor científica del mundo.

—Ay, gracias. —Elijo creer que el que Reike meta la astrología y la cristaloterapia en la categoría de «ciencia» apenas desmerece un poquito el cumplido—. Va a ser horrible. Lo peor. Si sigue siendo igual de capullo que antes, me... ¿Reike, estás meando?

Una pausa. El ruido de fondo de un chorro de agua.

—... Puede. Oye, has sido tú la que nos has despertado a mí y a mi vejiga. Continúa, por favor.

Sonríó y meneó la cabeza.

—Si sigue siendo igual de capullo que en Pittsburgh, va a ser horrible trabajar con él. Además, estaré en su territorio.

—Ya, porque tendrás que mudarte a Houston.

—Durante tres meses. Mi ayudante de investigación y yo nos vamos la semana que viene.

—Qué envidia. A saber cuánto tiempo voy a tener que estar yo atrapada en Portugal, aguantando que me manosee un hatajo de imitadores de Joffrey Baratheon que se niegan a aprender lo que es el subjuntivo. Me estoy pudriendo, Bee.

Nunca dejará de sorprenderme lo diferentes que fueron nuestras reacciones cuando, tras la muerte de nuestros padres, a Reike y a mí nos endosaron de un lado a otro como dos patatas calientes. Nuestros parientes lejanos se fueron cargando el muerto los unos a los otros, residimos en un montón de países y lo único que le interesa a Reike es... vivir todavía en *más* países. Viajar, conocer lugares nuevos, experimentar cosas nuevas. Es como si las ganas de cambiar de aires formaran parte de la programación predeterminada de su cerebro. Hizo las maletas en cuanto acabamos el instituto y lleva una década recorriendo el mundo, quejándose de que se aburre en cuanto pasa más de unas pocas semanas en un único lugar.

Yo soy totalmente opuesta. Quiero echar raíces. Anhe-lo la seguridad. La estabilidad. Creí que con Tim el asunto quedaría solucionado, pero como he dicho antes: depender de otros es arriesgado. La perpetuidad y el amor son claramente incompatibles, así que ahora estoy centrada en mi carrera. Quiero un puesto indefinido

como científica en los INS, y el proyecto de BLINK es el punto de partida perfecto.

—¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir?

—¿Que se te ha olvidado tirar de la cadena?

—No puedo tirar de la cadena por la noche, las tuberías europeas son la mar de ruidosas. Si lo hago, el vecino me deja notitas pasivo-agresivas. Pero escucha: hace tres años, cuando pasé el verano cosechando sandías en Australia, conocí a un chaval de Houston. Era la monda. Y también muy mono. Fijo que puedo encontrar su correo electrónico y preguntarle si está soltero...

—No.

—Tenía unos ojos chulísimos y podía tocarse la punta de la nariz con la lengua... A ver, eso solo puede hacerlo el diez por ciento o así de la población.

Tomo nota mental para comprobar si es cierto.

—Voy a Houston a trabajar, no a salir con el tío de la lengua tocarices.

—Puedes hacer las dos cosas.

—No salgo con nadie.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—En realidad, no. —El tono de Reike adquiere su terquedad habitual—. Mira, ya sé que la última vez que saliste con alguien...

—Estaba prometida.

—Lo mismo da. Tal vez las cosas no funcionaran entre vosotros... —alzo una ceja ante el eufemismo más eufemístico que he oído nunca— y prefieras no arriesgarte y preservar tus límites emocionales, pero no dejes que una

mala experiencia te impida volver a salir con alguien. No metas todos tus huevos en la cesta de la ciencia. Hay otras cestas, y, además, mejores. Como la del sexo, la del magreo, la de dejar que un tío te pague una cena vegana carísima, y... —Finneas elige este preciso instante para maullar con fuerza. Bendito sea su don felino de la oportunidad—. ¡Bee! ¿Has adoptado por fin un gatito?

—Es el gato del vecino. —Me inclino para acariciarlo: un gesto de silencioso agradecimiento por distraer a mi hermana en plena diatriba.

—Si no quieres salir con el tío de la lengua tocanarices, al menos adopta un puñetero gato. Si ya has elegido un nombre ridículo y todo.

—Miaurie Curie es un nombre genial... Y no.

—¡Pero has querido tener uno desde pequeña! ¿Te acuerdas cuando vivíamos en Austria y jugábamos a Harry Potter y tu Patronus era siempre un gatito?

—Y el tuyo, un pez globo. —Sonrío. Leímos los libros juntas en alemán unas semanas antes de mudarnos a Reino Unido, a casa de nuestra prima por parte de madre, a la que no le hizo mucha gracia, precisamente, que tuviésemos que ocupar su minúscula habitación de invitados. Uf, odio las mudanzas. Me da pena dejar mi objetivamente-cutre-aunque-muy-querido apartamento de Bethesda—. En fin, Harry Potter ha quedado mancillado para siempre y yo no pienso adoptar ningún gato.

—¿Por qué?

—Porque, según los últimos datos estadísticos, se morirá en un lapso de trece a diecisiete años y mi corazón quedará hecho de trece a diecisiete añicos.

—Venga, no me jodas.

—Me conformaré con darles amor a los gatos de otras personas y no llegar a enterarme de cuándo la palmen.

Oigo un golpe: probablemente sea Reike, que se ha tirado de nuevo en la cama.

—¿Sabes cuál es esa condición que tienes? Se llama...

—No es una condición, ya hemos hablado de...

—... apego evitativo. Eres patológicamente independiente y no dejas que los demás se acerquen a ti por miedo a que se acaben marchando. Has levantado una barrera a tu alrededor, la *Beerrera*, y te aterra cualquier cosa que se parezca mínimamente a un vínculo emocional...

—La voz de Reike se desvanece y un bostezo gigantesco ocupa su lugar, y yo siento una oleada de afecto por ella. A pesar de que su pasatiempo favorito consiste en introducir mis rasgos de personalidad en una web de consulta médica virtual y diagnosticarme trastornos imaginarios.

—Vete a dormir, Reike. Hablamos pronto.

—Sí, vale. —Oigo otro leve bostezo—. Pero tengo razón, *Beecho*. Y tú no.

—Por supuesto. Buenas noches, guapa.

Cuelgo el teléfono y acaricio a Finneas durante unos minutos más. Cuando sale por la ventana y se adentra en la fresca brisa de esa noche de principios de primavera, me pongo a hacer la maleta. Mientras doblo una ristra de vaqueros ajustados y tops coloridos, me topo con una prenda que hacía tiempo que no veía: un vestido de algodón azul con lunares amarillos; el mismo azul que el del vestido de novia de la doctora Curie. Es de una de las colecciones de primavera de Target y me lo compré hará

unos cinco millones de años. Me costó unos doce dólares, más o menos. Es el mismo que llevaba puesto cuando Levi llegó a la conclusión de que no soy más que un juguete viviente, la más repugnante de las criaturas que pueblan el mundo.

Me encojo de hombros y lo meto en la maleta.